

LA PATRIA

(Del libro *Educación Nacional*)

Nuestra patria, la tierra colombiana, está bañada al norte por el mar de las Antillas, en cuyas costas se elevan florecientes puertos; por el este se encuentra con las inmensas llanuras de Venezuela y del Brasil, regadas por anchurosos ríos; por el sur toca nuestro suelo el rey de los ríos, el Amazonas, y nos limita la república del Ecuador; y por el oeste, lame nuestras costas el Océano Pacífico, formando innumerables y graciosas ondonadas.

Si es imposible prescindir de la idea de Dios sin que se desquicie el orden moral, no se podría prescindir tampoco de la idea de patria sin que se aflojasen al instante los vínculos políticos y sociales. No hay un sentimiento más caro que el de la patria. La patria es el símbolo de esa otra patria celestial que no tendrá fin, en donde las inteligencias beatíficas convergen en un solo haz de luz hacia la hoguera infinita de la verdad indeficiente. Este nobilísimo sentimiento de la patria nació en el hombre cuando después de andar errante con la tribu nómada, plantó al cabo su tienda en un lugar determinado del planeta. Allí, en torno de ella, fijó sus ganados y cultivó, para el sustento de su prole, la tierra, y la amó. Un anciano sabio, experimentado y vigoroso, se alzó como jefe de la pequeña tribu y elevó un altar al Señor de los cielos. Más tarde los hijos y los nietos, y todos sus descendientes, consideraron sagrado el suelo que los vio nacer, y más sagradas aún las tumbas de sus abuelos, que fueron otros tantos altares.

Con lentitud, pero de una manera segura, en el alma de la pequeña agrupación fueron reflejándose las mon-

tañas, los ríos, el bosque cercano y el distante horizonte del lugar, y entonces el hombre ya no habló sino de su monte, su río, su bosque, su azul horizonte, a todo lo cual se unieron para siempre los recuerdos de la infancia, de la juventud y de la edad madura, y las gloriosas hazañas de sus antepasados.

Tal es el humilde nacimiento de la patria, la cual toma proporciones gigantescas cuando en la dilatada serie de los siglos se ensanchan y engrandecen las naciones por la conquista y la colonización, o por los triunfos de la guerra, o por las felices artes de la paz, la industria y el comercio.

Patria significa *terra patrum, terra patria*, y fue en su remoto origen un culto religioso. Lo formó al principio el hogar encendido, el altar doméstico donde se les elevaban plegarias a los muertos: los dioses lares. Era el sacerdote el padre de la familia y devotos y fieles la mujer, los hijos y demás servidores de la casa, convertida en un templo. A semejanza del culto de los dioses lares, es decir la patria en su más sencilla expresión, se organizó la *ciudad* con sus sacerdotes y sus divinidades protectoras, y por último la idea de patria se extendió a todos los ciudadanos de una misma república, unidos también por un culto religioso común.

El destierro antiguo constituía sin duda la más tremenda de las excomuniones. Era un castigo religioso solemne como ninguno. El desterrado quedaba de súbito privado de su mujer, de sus hijos, de sus clientes y de sus esclavos, pero sobre todo quedaba desligado de la patria, es decir, alejado del culto de sus propios dioses familiares, a lo cual se agregaba que el extranjero estaba excluido del culto de las otras religiones nacionales. El desterrado era pues un hombre sin dioses. El individuo en su patria poseía todo: la hacienda, la seguridad, el derecho, su fe y su Dios;

arrojado de ella perdía todo. Así se explica el patriotismo en los pueblos antiguos, esa bella religión del patriotismo en cuyas aras debían sacrificarse la fortuna y la vida. El que combatía por la patria combatía por sus altares. En caso de que triunfase el enemigo, serían profanados su hogar y sus dioses. El gran poema de Virgilio está fundado en el piadoso y tenaz empeño de Eneas en formar otra patria conduciendo a las vencidas divinidades de Troya:

*Dum conderet urbem
Inferretque deos Latio.*

La dura y férrea resistencia que a la magna reforma de César le opusieron los orgullosos patricios, o mejor dicho, el aristocrático e intransigente partido conservador romano, a más del exclusivismo político que lo caracterizaba, con sus inmensas ventajas, tenía ostensiblemente por fundamento un principio religioso. Por eso los descendientes de las viejas familias invocaban tanto a los *dioses inmortales*, aunque en ese tiempo había desaparecido ya la antigua fe romana. César, con su mirada de genio y la extraordinaria grandeza de sus concepciones políticas, no sólo quería acabar con las *civitas*, el círculo ambicioso y estrecho de los patricios, sino hacer ciudadanos de Roma a todos los italianos, y por último extender el derecho de ciudadanía a todos los habitantes del mundo. Y el gran conquistador logró su objeto. Por manera que las vanas declamaciones de los presuntos tiranicidas de todas las épocas alabando la severa virtud de Bruto, es una de tantas cosas que no tienen fundamento histórico ninguno, porque a la luz del criterio moderno la tiranía la encabezaba Bruto, resumen y compendio de la vieja oligarquía, y en cambio la república universal estaba representada por los proyectos grandiosos de César.



Si el concepto de patria y el amor a ella no tiene hoy el áureo y soberano prestigio que envuelve con manto esplendoroso toda idea religiosa, no ha menguado tampoco en el corazón de las naciones, y ahora mismo hemos contemplado con indecible estremecimiento cómo invocando este nombre admirable fue como perecieron los guerreros de los países que se disputaban el imperio del mundo.

El ilustre escritor Gustavo Le Bon se muestra alarmado ante los funestos peligros que traerá consigo el aniquilamiento de los supremos ideales de los pueblos. El socialismo, que trabaja por suprimir todas las desigualdades humanas y todos los prejuicios de las razas, se empeña también en destruir la idea de patria: el hombre es ciudadano del mundo. «Demasiadas cosas se han destruido en Francia, dice Le Bon, para que hayan sobrevivido muchos ideales. Nos queda uno, sin embargo, constituido por la idea de patria, y es casi el único que permanece en pie sobre los vestigios de las religiones y de las creencias que el tiempo ha destrozado.»

Las nacionalidades jóvenes de la América latina están en el deber sagrado de establecer sobre fundamentos muy sólidos la idea de patria, si como voces fatídicas lo anuncian, no quieren ser absorbidas por el extranjero. Y esta absorción se puede verificar de dos maneras: o por la fuerza, como lo conceptúa el imperialismo yanqui, o por una especie de reconquista espiritual que nos conduzca por grados insensibles a renegar de nuestras propias glorias, sintetizadas en los varones extraordinarios de la guerra magna.

La república yanqui, que está compuesta por elementos muy heterogéneos, trata por todos los medios posibles de robustecer los vínculos patrios. Ella tiene para esto un poderoso elemento: la escuela primaria.

«Que el profesor, escribe uno de éstos, no olvide nunca que cada alumno es un ciudadano americano, y que en todas las enseñanzas, y en particular en la de la geografía y la historia, debe dominar la cuestión de patriotismo, a fin de inspirar al niño una adoración casi sin límites que debe sentir por la gran nación que debe llamar suya.» (1)

Desde el día en que Colón pisó por la primera vez el suelo bendito que después fue colombiano, un lazo indisoluble de amor y solidaridad, en el espacio y en el tiempo, se estableció para siempre entre todos los moradores de este rico y soleado pedazo del continente americano, y nuestros son los triunfos y las glorias de aquellos valerosos aborígenes que contra el extranjero defendieron sus costas desde San Blas hasta La Goagira; propios son también los padecimientos de todos esos héroes ignotos que en todo nuestro territorio lucharon con tenacidad por su independencia, prefiriendo a la esclavitud la voluntaria muerte colectiva. Estos oscuros habitantes de nuestras perfumadas y vírgenes selvas son los precursores de los próceres y los remotos abuelos de algunas generaciones de guerreros; y la profunda piedad que experimentamos ante las miserias de su suerte depende, a más de los sentimientos de solidaridad humana, de que su sangre es nuestra sangre y su causa es nuestra causa.

La invasión y conquista española destruyeron el molde en que se estaban fundiendo las nacionalidades indígenas de aztecas, incas y chibchas. No era para mirar con desdén el floreciente imperio chibcha, que se extendía por el norte hasta las numerosas tribus del departamento de Santander, al oriente lo limitaban los ríos afluentes del Amazonas y el Orinoco, por el sur

(1) Citado por Le Bon -*Psicología de la educación*.

tropezaba con los fusagasugaes y los panches y al occidente se detenía en la granítica cordillera central. «Formaban sus tierras una elipse irregular cuyo mayor diámetro, entre la mesa de Jéridas, al norte, y Pasca al sur, era de veintisiete miriámetros o cincuenta y cuatro leguas, y su más extensa latitud, entre Zipacón y Lengupá trece miriámetros o veintiseis leguas. Media su superficie mil leguas cuadradas, equivalentes a doscientos cincuenta miriámetros. La población era numerosa y probablemente alcanzaba a un millón de habitantes.» (1)

A la llegada de los españoles el soberano de los zipas, Thisquezusha, sucesor de Nemequene, legislador y guerrero, estaba empeñado en formidable lucha con el zaque de Tunja. Aquel monarca infeliz murió defendiendo enérgicamente su patria, que es la nuestra, en el cercado de Facatativá y a Sajipa, usurpador del trono, no le valió aliarse con los férreos invasores de su nación, y murió entre crueles tormentos a manos de los codiciosos castellanos. Así terminó la dinastía de los zipas.

Estos desgraciados príncipes, postreros gobernantes de la nacionalidad chibcha, pueden contarse como los primeros jalones en la historia de nuestro país. Aún su suerte nos conmueve, porque estre ellos y nosotros no hay solución de continuidad en los anales de la patria, como ya lo dijimos, y día vendrá en que Cundinamarca eleve un monumento que conmemore el infortunio y los sufrimientos de esos nuestros progenitores sacrificados en aras de la codicia. Las sombras de los zipas aún piden un poco de conmiseración para la raza vencida con ellos, y un poco de solicitud para con sus descendientes, a quienes en un instante se les arrebató su patria, su libertad y sus riquezas.

(1) Vicente Restrepo—*Los chibchas antes de la conquista española.*

Estos descendientes de los chibchas y de las demás tribus indígenas que pueblan el extenso territorio colombiano constituyen aún una raza subyugada y el principal elemento étnico de nuestra nacionalidad, y es lástima que la semibarbarie de aquellos tiempos hubiera sacrificado a su sed de oro una raza tan numerosa y tan bien dispuesta para la civilización, y más lástima todavía que la república deje que permanezca estacionaria sobre todo en Boyacá y Cundinamarca.

Durante el largo período que abraza la conquista y la colonia no se podría decir con fundamento legítimo que tuvimos patria. Los monarcas españoles no hicieron otra cosa que mantener a estos pueblos en la obediencia, y si bien es cierto que los príncipes, los prelados y las comunidades religiosas favorecieron a los indígenas y echaron en este continente los verdaderos fundamentos de la civilización cristiana, no lo es menos que políticamente los habitantes no españoles de estos reinos estaban privados hasta de los más elementales derechos. *Los americanos son perros sin dientes, laten pero no muerden*, le decía el oidor Alba al virrey Amar y Borbón, en la noche misma del 19 de julio de 1810.

Tampoco se puede negar sin grave injusticia que aún poseemos valiosísimas obras materiales llevadas a cabo por la constancia y el saber de los españoles; pero la severidad de éstos cada día se iba mostrando más suspicaz e irritable para con los americanos cultos, los cuales también querían un pedazo de sol en las capitanías y virreinos, y sin embargo, más parecían extranjeros en su propia tierra que súbditos de un imperio poderoso.

En medio de los pesados, largos y monótonos años de la colonia, la idea de la república, y con ella la de la patria verdadera, tomaba cuerpo, forma y vida en el

alma de nuestros mayores, de lo cual dio muestra el efímero y trágico movimiento de los comuneros; y fue la revolución de 1810 la que nos elevó a la categoría de hombres libres. Desde ésa gloriosa revolución nosotros tenemos patria. Por eso nunca será bastante el viril empeño que pongamos en enaltecer en la conciencia de los niños y de los jóvenes este único acontecimiento trascendental de nuestra historia.

Con el advenimiento de la república el concepto de patria se agigantó de un modo extraordinario y se fijó de un modo preciso en el alma de los colombianos. Los límites de los virreinos y capitanías eran meras líneas caprichosas que variaban según las necesidades o las conveniencias de los monarcas españoles; pero desde 1810 los contornos de la nación se destacan en plena luz y sus fronteras son sagradas. Pactos solemnes reafirman y reafirmarán cada vez más nuestra soberanía en los cuatro puntos de nuestro horizonte.

En el siglo que llevamos de nación soberana hemos recorrido un camino cubierto con nuestra propia sangre en prolongadas guerras fratricidas. A penas habíamos pensado en constituirnos en forma de república, cuando la discordia civil alzó su cabeza y en campos de estériles batallas comenzamos por batirnos, en vez de aprestarnos a batir al enemigo. Fue la señorial Cartagena la primera que lanzó el grito de federación, y la lucha sangrienta trabada entre los partidarios de esta manera de gobierno y los defensores de la república unitaria constituye el fondo negro en que se han proyectado las escenas violentas de los partidos opuestos de la república. En muy breve tiempo hemos implantado todos los sistemas y todas las teorías de gobierno. El espíritu revolucionario de Víctor Hugo trazó muchas de las páginas ingenuas y hoy casi inexplicables de la constitución de Rionegro, y fue Juan Valjean el que nos

inspiró con su vida infortunada la piedad para los delincuentes llevada hasta los límites medio borrosos de la demencia. Con infantil ligereza pusimos en práctica las más extremadas reformas, y en un sueño fatídico forjamos no imaginados cambios sociales y políticos. Quisimos imitar, o más bien crear, las trágicas carátulas de la revolución francesa, y topamos, eso sí, con la dificultad de que no había un rey a quien cortarle la cabeza. Pero todos estos errores tienen explicación en una república joven y en un pueblo por cuyas venas corre generosa sangre latina. Hoy cayendo y mañana levantando, al fin y al cabo hemos adelantado gran trecho en el sendero de una civilización firme y estable. Colombia es hoy un modelo de respeto a la voluntad y a las creencias del pueblo, y todos nuestros gobiernos, cual más cual menos, amparan la libertad y practican la justicia. Hoy sí, con verdadero orgullo, los colombianos podemos decir que tenemos patria, y patria grande.

A los que con el objeto de menoscabar el crédito de la república exageran el cúmulo inmenso de infortunios y pesares en que nos han sumido nuestras guerras civiles, podríamos señalarles como ejemplo el largo y rudo período de anarquía de las repúblicas italianas, hasta constituir la vigorosa monarquía actual; y los que nos presentan como modelo la grandiosa organización política del imperio británico, ojalá repasaran las tétricas tragedias de Shakespear, en cuyos personajes feroces y sanguinarios trazó aquel genio sombrío las tenebrosas siluetas de los reyes de Inglaterra, antes de la transformación llevada a cabo por Cromwell.

Son las guerras civiles las que levantan infranqueables muros de odio entre los ciudadanos, y profanan esta otra religión del patriotismo, no menos digna de nuestra reverencia. Cuando en los campos de batalla se

decide la suerte de los partidos, la idea de patria debiera surgir como una imagen vengadora en la mente de los contendores, y los embravecidos combatientes hubieran de soltar las armas y aplacar la ira en los enojados corazones, no de otra manera que cuando aparece el sol, tras recia tempestad, se aquietan las olas, huyen las nubes y brilla la esperanza para los marineros, como dijo el poeta. En 1903 se cerró con duro broche de acero el rojo libro en que estaban escritas nuestras guerras civiles. La terrible catástrofe de la guerra de los tres años fue el último acto de nuestras contiendas fratricidas; pero de ese tremendo conflicto, a más de la pavorosa ruina en que se precipitó la república, quedó un hecho fatídico esculpido para siempre en la conciencia nacional: el desmembramiento de nuestro territorio.

Un profundo y largo gemido de dolor sacudió de súbito todos los ámbitos de la república. La patria había quedado mutilada, y el pueblo colombiano carecía de medios de defensa. Un oscuro soldado boyacense, el malvado Esteban Huertas, había vendido el patrio suelo por un miserable puñado de monedas. Parecía que el cielo se vengaba de nosotros imponiéndonos el duro castigo que merecen los pueblos prevericadores. Prolongados presagios habían llamado con trémula mano al frío pecho del presidente de entonces, pero él había cerrado sus oídos a las voces del peligro. El coronel Roosevelt echó sus naves sobre el océano Atlántico para impedir hasta la más leve protesta de una república débil, y todo quedó consumado.

La separación de Panamá abrió una sangrienta herida en el corazón de Colombia; el infortunio nos hizo meditar en el tremendo desenlace a que nos habían conducido nuestras insólitas guerras, y se hizo necesario que en un estrecho abrazo llorásemos todas nuestras

pasadas desventuras. El primer centenario de nuestra independencia reavivó hasta en las más apocadas almas el sentimiento de la patria. Todos los corazones se unieron en una sola llama y en un solo amor. Hasta en las más distantes aldeas se reanimó el recuerdo de los libertadores. De los más lejanos puntos de la república y aun de muy remotas playas extranjeras acudió con su ofrenda a la metrópoli colombiana inmensa multitud de ciudadanos. En dondequiera se alzaron gloriosos monumentos a los héroes y mártires de la guerra magna, y al pie del mármol y el bronce que los inmortaliza, alzaron su voz los oradores y tañeron su lira los poetas. Como un canto de gloria imperecedero el himno nacional se escuchó en los profundos valles, en las llanuras y en las más altas cumbres de nuestro dilatado territorio, en tanto que en las naves de nuestras imponentes catedrales resonaron las oraciones gratulatorias por nuestros próceres.

El *boicoteo* del tranvía en las circunstancias en que se verificó, fue el más hermoso ejemplo de lo que vale el unánime sentimiento de la patria puesto al servicio de la dignidad nacional, y este fue sin duda el homenaje de reconocimiento más alto que pudimos rendirle a nuestros libertadores.

Hemos dicho que lúgubres pronósticos amenazan de cuando en cuando nuestra soberanía, y es preciso que por todos los medios de que dispongamos nos empeñemos en robustecer el vivo sentimiento de amor a la patria. El hombre no sólo pertenece a una especie sino también a una serie que lo une estrechamente con el pasado. Formamos parte de una sociedad con que nos ligan lazos indisolubles, somos miembros de una misma nación y oficiamos en unos mismos altares. Cuando un pueblo está enlazado por los vínculos de la religión, la raza y la forma de gobierno, su unidad

nacional parece asegurada, y Colombia tiene todos estos caracteres. Si logramos establecer rápidas vías de comunicación que aproximen unas a otras las diversas secciones de la república, y a la vez nos comuniquen con el río Magdalena, que es en parte el símbolo de la unidad colombiana, habremos apretado la cadena de elevados y nobles intereses que debe unir a los departamentos entre sí; y si anhelamos saldar nuestras cuentas para con la patria, es preciso elevar de veras a la dignidad de la ciudadanía a la gran masa de nuestra población indígena, que vive en la ignorancia de sus derechos y de sus deberes.

La raza indígena constituye el núcleo principal de nuestro conglomerado étnico, y al estudio paciente de esta raza debió dedicarse la nación con cariño y solicitud. Los indios todavía nos temen y nos miran con suspicacia y recelo, y ante las clases sociales más civilizadas les parece aún sentir el duro tacón de los conquistadores españoles, «La independencia, hay que decirlo de una vez sin reservas hipócritas, dice un escritor mexicano, fue hecha por el grupo de tendencias y orígenes europeos y trajo para él libertades y progreso material e intelectual, dejando abandonado a su destino el grupo indígena, no obstante que es el más numeroso y el que atesora quizás mayores energías y resistencias biológicas a cambio de su estancamiento cultural.» (1)

• A más de esto es nuestro deber trabajar por que la educación nacional ahonde en el corazón de la juventud una inagotable fuente de benevolencia que estreche a todos los ciudadanos en una plácida comunión de patriotismo y tolerancia, y que en medio de las luchas de la república no se olviden las gloriosas tradiciones del pasado ni las comunes aspiraciones de aquella. Cual-

(1) M. Gamio—*Forjando patria*.

quiera educación que tendiese a aflojar por un instante siquiera los vínculos sagrados que existen entre los jóvenes de los opuestos partidos militantes sería nociva para los intereses nacionales. En todos los colegios privados y sobre todo en los institutos educativos pagados con fondos de la nación, es necesario, más que necesario, obligatorio que se avive sin descanso el fuego inextinguible de amor a la patria. Las escuelas normales son las llamadas, ante todo, a ejercer las benéficas influencias de que hemos hablado arriba, y la escuela primaria debe ser el foco encendido de este culto universal del patriotismo. No nos exponamos a hacernos artifices de una juventud que mire con frialdad la obra de la emancipación colombiana, y todavía más, que considere con aversión o indiferencia los sacrificios de los próceres.

Es de suma necesidad que se aprieten cada día más nuestros vínculos con el pasado, porque una nación sin tradiciones nada vale. «El recuerdo del pasado, dice el escritor antes citado, con todas sus glorias y todas sus lágrimas, lo atesoran los corazones como una reliquia; la tradición nacional, ese pedestal arcáico donde se yergue la patria, vive palpitante y vigoroso, en hombres, mujeres y niños, en sabios e ignaros, en los hijos de la gleba y en los petrimetros refinados, en los altos cultores del arte y en pobrecillos rapsodas de aldeas. Y esa tradición hace el milagro de transmutarse en mil aspectos conservando siempre su unidad y su carácter típico.»

LUIS MARIA MORA

